

GIORGIO AGAMBEN

La potencia del pensamiento

Traducción de Flavia Costa, Anagrama,
Barcelona, 2008, 420 pp.

Dynamis, lo absoluto y el *ereignis*, el eterno retorno o la estructura negativa del *gramma* son conceptos que acuñados por Aristóteles, Hegel, Heidegger, Nietzsche y Derrida, singularizan la tradición filosófica y esconden sus paradojas. Dada a pensar con y a partir de ellas, la inmemorial potencia del pensamiento analizada por Giorgio Agamben en el volumen de artículos que lleva este nombre, no trata tanto de devolver la actualidad de categorías filosóficas —como la de potencia— sepultadas por el olvido, como de medir las consecuencias estéticas y políticas que el don extremo de la potencia proyecta sobre nuestras sociedades. Contrahechura filosófica pero también política de los dispositivos que reducen al hombre a calidad de objeto, la potencia del pensamiento es además de un concepto de rango filosófico el *origen* de una ética que el hombre posthistórico debe tener el coraje de pensar.

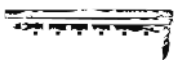
De ese modo, con el nombre de ética, *La potencia del pensamiento* se convierte en un particular trabajo de duelo que se hace cargo de la inhumanidad del hombre, “la supervivencia del no-hombre”, que según el autor es el verdadero rostro del idilio consensual. A iluminar la complejidad filosófica de esta tarea se entregan los veintiún artículos recopilados en este imprescindible volumen titulado libremente por el autor como *La potencia*

del pensamiento. Organizados en tres secciones diferentes pero complementarias —lenguaje, historia y potencia— los artículos admiten tantos modos de lectura como posibilidades —potencias— quiera poner en juego el lector.

Una de ellas, quizá la que ha permitido que en Francia un volumen similar haya sido traducido como *L'image et mémoire*, podría comenzar llamando la atención sobre el primer artículo de la tercera sección —potencia— que bajo el nombre que da título al libro, *La potencia del pensamiento*, propone una nueva comprensión de las categorías modales, posibilidad, imposibilidad, contingencia y necesidad, no tanto como categorías lógicas sino como operadores ontológicos. La tesis central de este artículo, cuya potencia da luz no artificial al conjunto del libro, pone de manifiesto que lo que la tradición filosófica ha pensado como la cumbre del pensamiento —el pensamiento del pensamiento—, no es otra cosa que la cifra de la inesencialidad que atraviesa lo humano, su radical exposición. En ese punto, Agamben despliega a partir del comentario del *De anima* aristotélico un concepto de potencia que lejos de quedar destituido en su paso al acto, ni muere ni se desactiva; muy al contrario, sobrevive en una modalidad de conservación que además de obligar a considerar de otro modo problemas tradicionalmente resueltos como la relación entre la potencia y el acto, lo real y lo posible, lo creado y la obra en el campo de la estética o lo constituyente y lo constituido en el político, confiere a la especificidad de esta potencia una entidad ontológica que da unidad a toda o buena parte de su trabajo: la ontología de la potencia.

Como en la tablilla de cera aristotélica, también en el lenguaje, en la historia y en la vida se hace patente esta inédita dimensión de la potencia. En los siete artículos recogidos en la primera sección titulada lenguaje, Agamben viene a reconocer en la pregunta por el significado de “yo hablo” uno de los *origenes* de su pensamiento. Según el autor, la tradición occidental ha llegado a hacer visible el límite, más allá del cual no es posible, fuera de la teología o el verbo encarnado, identificar voz y lenguaje. A costa de hacer suya la experiencia de esta palabra abandonada por Dios, el lenguaje se sitúa en un punto en el que su propia condición de *arje* desvela su propio vacío. Dada la irrenunciable necesidad de preguntarse sobre aquello que fundamenta el lenguaje mediante el lenguaje mismo, se pone de manifiesto de qué manera el hablante se debe en la era nihilista a una aporía que lo faculta y desbarata al mismo tiempo: si bien por un lado, mediante su capacidad de reflexión, se hace obvia la imposibilidad de un metalenguaje (página 71 del capítulo dedicado al lingüista Jean Claude Millner, *Filosofía y Lingüística*, y las referencias a Benveniste que cruzan transversalmente todos los artículos de la primera sección), por el otro esta imposibilidad habilita su abertura al mundo. Constituido originalmente mediante una cesura que separa lenguaje y discurso, el decir de lo dicho, el *modo de ser* del lenguaje ya no se ocupa “sólo de lo que es revelado por el lenguaje, sino también de la revelación del lenguaje mismo” (p. 31).

Ante esta imposibilidad de dar un nombre para el nombre —no hay palabra para la palabra, dice Agamben en la página 28—, buena parte del pensamiento contemporáneo ha hecho de la condición inicial de la palabra que niega todo principio, un presupuesto irrenunciable. Según una distinguida y exitosa corriente de pensadores franceses del siglo XX, la posición que el lenguaje adopta en la morada del *arje* se corresponde con un no-lugar en el que no hay voz para el lenguaje y presencia y significado difieren infinitamente. A esta palabra que presupone ya siempre otra palabra, Agamben le opone de la mano de Benjamin una *idea del lenguaje* que, sin apelar a un funda-



LIBROS



GIORGIO AGAMBEN La potencia del pensamiento

mento negativo originario —*gramma*—, sea capaz de hacer experiencia de su finitud llevando la voz al lenguaje, restituyendo la palabra a la idea y deviniendo “pura historia” (tercer capítulo de la primera sección, ‘Lengua e Historia’). No ya *phone* y todavía no signo, la existencia pura del lenguaje, su exposición, abre un lugar intermedio, una tierra de nadie epifánica, entre el sonido y el significado, donde la transparencia del lenguaje coincide con lo inmemorial de la historia y alcanza el fin mesiánico.

La experiencia de esta finitud del lenguaje, esto es, la diferencia entre lengua y discurso, abre a la historia su espacio. Dado que los hombres no tienen acceso inmediato a los nombres y sólo pueden relacionarse con ellos a través de su transmisión, el acceso a la esfera fundamental del lenguaje está irremisiblemente condicionado por la historia. Como dice Varrón (p. 41), los nombres solamente nos pueden ser dados, advienen históricamente. Inseparablemente unida a su condición histórica, el hablante trasmite aquello que nunca puede ser llevado a la palabra y que lejos de recogerse en un progreso imparabile, toma la forma de una tradición inmemorial en el que lo que se trasmite no es una cosa, ni una verdad enunciable en proposiciones, sino la propia transmisibilidad.

Así pues, de la misma manera que el lenguaje funda su poder decir no en una palabra significante sino en una palabra que, sin significar nada, significa la significación misma, la historia, o mejor, la tradición de la transmisibilidad inmemorablemente irresuelta y por ello inolvidable, transita de memoria en memoria sin salir nunca al recuerdo (*Tradición de lo inmemorable, El origen y el olvido, La imagen inmemorial*). Al ser lo olvidado la cifra de un pasado que no puede ser aferrado con el lenguaje del recuerdo, lo custodiado por esta tradición es la apertura misma de la memoria; no es ni recuerdo ni la oposición de una resistencia al olvido, sino memoria que en su advenir se olvida y por eso se destina: pura vida. Como en la tablilla de cera aristotélica, la escritura de esta memoria inmemorial ya no es la capacidad autorreferencial de un sentido, la capacidad de un signo para referirse a sí mismo, sino el mantenerse en su propia posibilidad y de ese modo hacerse potencia. Potencia del pensamiento.

Buscando un concepto positivo de vida que se oponga al de *nuta vita* en torno a la cual articula la saga del *Homo Sacer*, Agamben comenta el texto de Deleuze, *Inmanencia: una vida*. En un análisis que el lector no debe perderse, este estratégico artículo titulado ‘Inmanencia Absoluta’, piensa una forma de vida que eluda el mecanismo por el

cual se le asigne vida a un sujeto. Como figura de la inmanencia absoluta, *una vida* es, remitiendo a Deleuze, una “contemplación sin conocimiento”, una inmanencia que, al estar envuelta por una potencia, no se abandona al acto, sino que se da a sí misma y para sí misma. Una forma de vida que, desplazada al plano de inmanencia, escape a la sumisión del biopoder.

José Miguel Burgos